

THOMAS MERTON

EL SIGNO DE JONÁS

DIARIOS (1946-1952)

DESCLÉE DE BROUWER

BILBAO - 2007

El signo que Jesús prometió a la generación que no Le comprendía fue «el signo de Jonás el profeta», esto es, el signo de Su propia resurrección. La vida de todo monje, de todo sacerdote, de todo cristiano, está marcada con el signo de Jonás, porque todos vivimos por el poder de la resurrección de Cristo. Pero yo entiendo que mi propia vida está especialmente sellada con ese gran signo que el bautismo, la profesión monástica y la ordenación sacerdotal han trazado a fuego en las raíces de mi ser, porque, como Jonás, he venido a encontrarme viajando hacia mi destino dentro del vientre de una paradoja.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, <i>por Francisco R. de Pascual</i>	13
La vida cotidiana de un monje cisterciense en tiempos de Thomas Merton	19
PRÓLOGO: VIAJE A NÍNIVE	21
PRIMERA PARTE: PROFESIÓN SOLEMNE	31
[10 de diciembre de 1946 – 28 de diciembre de 1947]	
SEGUNDA PARTE: LA MUERTE DE UN ABAD	113
[14 de marzo de 1948 – 10 de octubre de 1948]	
TERCERA PARTE: ÓRDENES MAYORES	151
[15 de octubre de 1948 – 29 de abril de 1949]	
CUARTA PARTE: HACIA EL ALTAR DE DIOS	211
[1 de mayo de 1949 – 31 de agosto de 1949]	
QUINTA PARTE: LA BALLENA Y LA HIEDRA	261
[1 de septiembre de 1949 – 18 de abril de 1950]	
SEXTA PARTE: EL SIGNO DE JONÁS	341
[9 de octubre de 1950 – junio de 1952]	
EPÍLOGO: VIGILANTE CONTRA EL FUEGO	391
[4 de julio de 1952]	

NOTA PREVIA

En adelante se utilizarán los asteriscos como llamadas de las notas añadidas por el revisor para esta edición. Para las llamadas de las notas de la edición original inglesa se usarán números arábigos (1, 2, 3...), y para las notas del traductor se emplearán números arábigos entre corchetes ([¹], [²], [³]...). Es preciso observar que, mientras no se indique lo contrario, los textos que figuran entre corchetes en las notas a pie de página han sido incorporados expresamente por el revisor en esta edición.

El libro al que más veces se refiere Merton en *El signo de Jonás* es, sin lugar a dudas, la Biblia. Además de las alusiones a lo largo de toda la obra, hay numerosas citas bíblicas textuales, a menudo en latín. Huelga decir que, en estos casos, Merton cita el texto de la *Vulgata*.

Para más información sobre el origen y el significado de *El signo de Jonás* en el conjunto de la obra merthoniana, véase el artículo de Christine M. Bochen, «Sign of Jonas, The», en (William H. Shannon – Christine M. Bochen – Patrick F. O’Connell [eds.]) *The Thomas Merton Encyclopedia*, New York, Orbis Books, 2002, pp. 431-433 (la edición castellana de esta obra se encuentra en fase de preparación).

P R E S E N T A C I Ó N

La publicación de una nueva versión completa de *El signo de Jonás* debe ser acogida con gran alegría. Desde hace muchos años esta obra era difícil de encontrar, y sólo unos pocos disponían del privilegio de hacerse con una copia del original. Y llegada la hora de la confesión, he de decir que son muchos los ejemplares distribuidos mano a mano a amigos y conocidos.

Poco a poco vamos acercándonos a la esencia del mensaje mertoniano y podemos establecer mejor los contornos de la personalidad de un autor que se hace cada vez más actual.

¿Por qué ha de ser actual el diario monástico de un monje que relata su vida en el interior de un monasterio en un periodo que va desde diciembre de 1946 hasta julio de 1952?

En este libro introduce Merton una nueva dimensión en la literatura espiritual autobiográfica: la fusión del discurso religioso o metafórico con un lenguaje experiencial, psicológico, en una visión simbólica holística que demuestra cuán lejos se hallan todos los patrones o sistemas de la singularidad misteriosa de la persona. Página tras página el lector encontrará una luz, y no teorías, que se proyecta sobre la batalla del crecimiento desde el sentido pequeño y egoísta del ser hasta la auténtica personalidad, no como la simple fidelidad a un modelo abstracto o concepto religioso preconcebido del propio ser, sino como un intento no prefijado de fidelidad a la vida concreta, individual e histórica, tanto en sentido personal como comunitario.

La expresión teórica y vivencial de la experiencia contemporánea de la personalidad como particularidad tangible goza de un sentido de modernidad plenamente actual en su carácter histórico, evolutivo y proteiforme.

Al seguir el camino de Merton en el interior de un monasterio (en su dimensión más profunda), uno se siente conducido desde la idea del descubrimiento del yo oculto, prefigurado por Dios, hacia el planteamiento del ser como una creación continua y correspondiente, o recreación del sí mismo, a través del cambio de los contextos personales e históricos.

El mismo título que el autor dio a su libro significa, creemos nosotros, un cambio con respecto a otros escritos de su primera época monástica (antes de concluir *El signo de Jonás* en 1952, Merton había publicado *La montaña de los siete círculos*, algunos libros de poemas, *¿Qué es la contemplación?*, *Semillas de contemplación*, *Las aguas de Siloé* y otros libros de temas monásticos). Así pues, parece que a partir de esa fecha, 1952, se produce también un cambio de contexto teológico, a medida que evoluciona desde la dicotomía de lo natural/sobrenatural de sus primeros escritos, hasta alcanzar la sabia intuición de que el verdadero equilibrio personal no se logra sino a través de la depuración en el crisol de la noche oscura –o experiencia de la angustia existencial o temor monástico–, por medio de una dura lucha espiritual. Esta pugna exige como condición previa una sana autonomía psicológica que, a su vez, es también requisito imprescindible para la entrega definitiva a Dios y a los demás.

En este libro comienza Merton a intuir y exponer algo que le seguirá durante toda la vida: el problema del yo nunca estará completamente resuelto para quien permanece vivo, abierto a la experiencia, y dando testimonio escrito de esta experiencia. La calidad de su trabajo es tan radicalmente temporal, que convierte en imposible la siempre tentadora simplificación de considerar que una sola identidad o un solo texto pueden englobar el sentido de su vida, o sugerir el más mínimo carácter de «completo» o «acabado» en su pensamiento acerca de la esencia del yo.

Es precisamente esta conciencia de ser inacabado y consciente de la experiencia histórica del propio yo –única, irrepetible y siempre cambiante, manifiesta en sus escritos– lo que confiere a Merton el citado carácter de actualidad y lo convier-

te en un clásico de la historia religiosa contemporánea. En este libro, por primera vez en la historia de las autobiografías o diarios de monjes, penetra Merton el sentido profundo del lenguaje religioso, el símbolo central del yo en el cambiante entorno de la búsqueda religiosa de nuestro tiempo, por lo que su atípica vida de monje y escritor del siglo XX descubre una nota de universalidad.

En el universo espiritual y simbólico de Merton se dan tanto la continuidad como el cambio. La continuidad puede ser apreciada en su íntima inmersión tanto en los escritos de los Padres de la Iglesia y de los padres monásticos, como en la tradición mística de su propia formación cristiana y en sus sucesivas reinterpretaciones de los grandes temas de estos clásicos a la luz de su propia experiencia cambiante. Así, en sus escritos más tempranos –por ejemplo en *Semillas de Contemplación*– es su dramática conversión al cristianismo la lente a través de la cual mira la vida cristiana y su recién aceptado objetivo monástico: la realización de la experiencia del encuentro con Dios y, a través de éste, el encuentro consigo mismo. El yo falso y el yo verdadero son los símbolos apropiados para expresar su experiencia en esos momentos iniciales, en perfecta correspondencia con el duro contraste que él expresa entre el mundo y el monasterio, entre la ciudad profana y violenta y la sagrada comunidad campestre.

Merton, como escritor espiritual, encuentra en estas páginas un vehículo ideal para expresar su profunda alegría al descubrir la aventura de la vida espiritual y ante la realización de su propia vocación monástica y solitaria, una alegría que comunica de forma vívida y entusiasta.

En *El signo de Jonás* abandona Merton las especulaciones sobre la vida espiritual –por muy certeras y agudas que hubieran podido ser en libros anteriores– y desciende a un lugar donde nadie desearía estar pero al que a veces puede llevarnos nuestra propia historia personal: el vientre de la ballena, la soledad absoluta, la noche oscura, el ni siquiera saber que vamos hacia una playa de salvación.

Este libro no refleja sólo las luchas entre un escritor nato y bien dotado y un monje obligado al silencio y a la soledad por

vocación. Al comienzo de cada parte del libro retoma Merton este tema. Cada una de las seis partes va desgranando los pasos de su caminar monástico: como monje y como escritor. Lo que Merton va consiguiendo queda patente en el trabajo realizado: hace de su escritura un ejercicio contemplativo. Es posiblemente el libro en que menos habla de contemplación, pero sus palabras escritas se transforman frecuentísimamente en oración. Una oración con referencias bíblicas y litúrgicas, una oración que corre ya por la sangre de sus venas. En ese modo de escribir es donde se encuentra la auténtica novedad, y no en el hecho de haber sido el primer monje que publicó su diario monástico.

Thomas Merton no fue a un monasterio trapense a buscar su felicidad y su paz, sino a buscar su lugar propio en el mundo: «Si lo que la mayoría de la gente da por sentado fuera realmente verdadero, si todo lo necesario para ser feliz fuese apoderarse de todo, verlo todo y adentrarse en todas las experiencias, y luego hablar de ello, yo habría sido una persona muy feliz, un millonario espiritual desde la cuna hasta ahora. Si la felicidad fuera simplemente cuestión de dones naturales, nunca habría ingresado en un monasterio trapense cuando llegué a la edad de hombre» (*La montaña de los siete círculos*, p. 4). Y pudiéramos decir ante esto que el que un monje encuentre o no su lugar en el mundo poco podría interesar a los hombres de hoy que no han hecho esa opción.

Tomo prestadas unas palabras de Fernando Beltrán Llavador, excelente conocedor de la obra de Merton, para dilucidar esta cuestión y justificar la nueva edición de *El signo de Jonás*: «La lectura de las obras de Thomas Merton, desde nuestra atalaya contemporánea, puede contribuir a cortar algunos de los nudos gordianos que atan, sofocándolos, los horizontes de posibilidad de las sociedades económicamente desarrolladas en tiempos de globalización. Su falta de oxígeno, la estrechez de miras y las tendencias egoístas que determinan en gran medida sus conductas, a caballo entre el narcisismo y el solipsismo colectivo, hasta el punto de acercarlas al colapso o la implosión, encuentra su origen último, por más que ramificado en

una red de causas subsidiarias y concatenadas de maneras complejas, en una comprensión errada del ser humano, de su mundo y del cosmos, y en un olvido o exilio de sus raíces espirituales. La voz de Thomas Merton, tal vez hoy más que nunca por hallarnos en tiempos de conflagración, sigue aportando luz y un espacio de escucha y de palabra desde los que pronunciar, y de esa forma posibilitar, modos de ver, de ser y de hacer individuales y comunitarios acordes con la dignidad de la persona humana»¹.

Merton tuvo que romper los gruesos muros de su corazón, las paredes rugosas de sus egoísmos, en él y a su alrededor; tuvo que atravesar la mera temporalidad y la inautenticidad para situarse en este camino. Es el camino de todo el que se quiere hacer monje. Así se expresa también un gran maestro espiritual de nuestro tiempo: «*Ahamkara* y *abhimana*, egoísmo y autosuficiencia, tienen que ser desenmascarados, profundamente rotos, de modo que el verdadero Atman, el “Yo” real, pueda emerger. El nacimiento de la aspiración primordial es el verdadero comienzo de la vida espiritual. Ahora bien, esta aspiración, tan necesaria como es, no puede por sí sola producir los efectos a que aspira. Aquí la voluntad es impotente. La aspiración es sólo la condición para lo que sigue. No produce la bondad a la cual aspira... para esto, se requiere algo más. ¿Quién va a abrir este corazón? No se puede hacer por sí mismo, por mucho que se intente, con las propias fuerzas. Ningún grado de sufrimiento personal, de desorden social, son tampoco suficientes. Algunos, al darse cuenta de esto, huyen o caen en la desesperación. Sus corazones permanecen cerrados... Alguien, algo, Dios, el *atman*, el *guru*, la gracia, el amor..., tiene que tocar o sacudir el corazón y abrirlo de par en par. Hay algo pasivo en este acto. Me ocurre a mí. Y por eso no puedo dar razón última alguna, porque es una gracia, aunque a veces pueda parecer una carga o incluso una maldición»².

1. Fernando BELTRÁN LLAVADOR, «Una lectura de Thomas Merton en tiempos de globalización»: *Cistercium* (2003), pp. 297.

2. Raimon PANIKKAR, *Elogio de la sencillez. El arquetipo universal del monje*, Estella, Verbo Divino, 2000², p. 71.

El libro que el lector tiene ahora en sus manos pone de manifiesto una realidad que va más allá de su propio sentir, de una ciertamente delicada visión sobre el hombre y su situación en este mundo. El testimonio de Merton es una confesión de solidaridad y a la vez de humildad, de impotencia y soledad..., pero también de enorme madurez espiritual.

FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO
Abadía de Viaceli, verano de 2006